

GACETA MEDICA DE MEXICO

EDITORIAL

Con motivo del Primer Congreso de la Industria Quimicofarmacéutica*

MANUEL QUIJANO-NAREZO†

El concepto actual de salud es el de un estado de equilibrio entre los organismos vivos y el ecosistema al que pertenecen. Depende por lo tanto, del ambiente biológico, físico, psicológico y social y hay factores como la alimentación, las condiciones de trabajo, las de la vivienda y otras de ese tipo que tienen más importancia para conservar la salud de lo que puedan hacer los médicos para prevenir o curar la enfermedad. Pero el criterio ecológico de la salud no implica la desaparición, ni siquiera la disminución, de las áreas legítimamente ocupadas por la medicina en el extenso campo de las acciones que el hombre puede realizar para promoverla. Ignorar los fundamentos biomédicos de la enfermedad y de la terapéutica es, cuando menos, igualmente grave que ignorar las bases sociomédicas en la implementación de las políticas de la salud.

Desde los tiempos antiguos ha habido tres grandes ramas de la terapéutica, la cirugía, la dietética y la medicina que, en este momento, podemos designar como farmacoterapia. En nuestro país deberíamos sentir que tenemos inclusive una tradición de fármacogeneradores y fármacodispensadores, pues aun-

que en las interpretaciones históricas se ha dado mucha importancia al aspecto mágico o religioso de la medicina azteca, no puede dejar de reconocérsele que contenía también un gran esfuerzo de indagación empírica, realizada por los ticitl (médicos). Los jardines botánicos de Moctezuma, que maravillaron a los conquistadores, eran cuidadosamente preservados y mantenidos para proveer primeramente a los curanderos de material curativo, pero también para investigar las propiedades terapéuticas o los efectos de las plantas, simples o en mezcla, sobre el organismo humano.

Pero estamos ahora en la época de la desmitificación, de la crítica muchas veces irracional, del cuestionamiento. Se ataca ahora con saña el heroísmo, el amor filial, al amor materno, la escuela, el heterosexualismo, la cultura o el nacionalismo. Los desmitificadores se encarnizan contra ciertos oficios, como el del militar, el comerciante, el político, inclusive contra el profesor. No tiene pues nada de extraño que les haya tocado su turno a la medicina, al médico y al sistema de producción, distribución y comercialización de los medicamentos. Es hora entonces de preguntarse si es oportuna una contradesmitificación. La respuesta puede ser positiva pero el procedimiento no debe pecar de simplista, sino que debe empezar por la autocrítica.

En cuanto a la medicina, la crítica fue iniciada por los propios médicos. Fuimos los primeros en recor-

* Leído en la ceremonia de inauguración del Primer Congreso de la Industria Quimicofarmacéutica, el 5 de octubre de 1978.

† Presidente de la Academia Nacional de Medicina.

cer que por atender al individuo nos olvidábamos de la comunidad, que subestimamos la medicina preventiva, que se exageró en la actitud terapéutica complicada y onerosa y que fuimos demasiado lejos en la superespecialización. Reconocimos con realismo los defectos del sistema, modificamos el rumbo y ahora, desde la enseñanza, hacemos hincapié en la atención a nivel primario y en la dignidad académica e intelectual del médico general.

Pero nuestros argumentos fueron tomados con un sospechoso apresuramiento por los sociólogos y se ha llegado a decir que el *establishment* médico es, hoy, la amenaza más grave a la salud pública; que la medicina debe desprofesionalizarse, que la mayoría de las enfermedades curables pueden ser tratadas por personas con conocimientos mínimos de farmacología y una cierta capacidad innata de psicoterapeuta.

El médico siempre se ha sentido incómodo cuando se habla de su función como de un "apostolado" y desde ese punto de vista, bienvenida la desmitificación; pero también ha tenido siempre vocación de servir, de conocer la naturaleza humana, de ayudar al enfermo; se siente orgulloso de ser un profesional y exige ser respetado en su persona y en su juicio.

La farmacia también tuvo siempre, un valor mágico, un aspecto casi sagrado. A pesar de lo que pudiera parecer por ejercerse como un oficio, como un medio de vida, ha tenido un carácter desinteresado, de algo fuera del proceso de la directa satisfacción de necesidades y deseos. Para ejercerla se requirió de vocación, de entrega, de ministerio en el sentido etimológico de servicio. Como adquisición cultural no se explica por el fin al que sirve, sino por la satisfacción que trae consigo su práctica, la de investigar, de crear, de ayudar.

La demanda de servicios de salud depende en una gran parte del nivel cultural del público y la oferta de esos servicios es correlativa. A la industria quimi-

cofarmacéutica le toca participar en la oferta. Pero sus funciones no se circunscriben a la producción y la distribución, sino que abarcan acciones de difusión, de motivación, de comercialización y en todo esto, como dice McLuhan, el medio utilizado es parte del mensaje y factor muy importante en el rendimiento de la promoción. La propagación y penetración de ese mensaje es desigual, pues depende, por una parte, de la susceptibilidad de la persona a que va dirigido y, por otra, de la calidad del mensaje mismo. Si en ese sistema, como en el caso de la medicina, se han cometido errores, es la hora de corregirlos; si el rumbo debe ser modificado, ha llegado el momento de meditarlo y decidirlo. Será el primer paso de la contradesmitificación.

La acción para promover la salud es responsabilidad de los industriales, de los médicos, de las enfermeras, de las trabajadoras sociales, de los ingenieros sanitarios, de los antropólogos y de muchos otros. Es responsabilidad del Estado pero también, por igual, del sector privado. Nuestro deber es concertar los esfuerzos, participar en conjunto en una acción noble que nos obliga y nos dará la satisfacción, no sólo de ayudar a quien lo necesita, sino de cumplir con nuestra vocación. La alianza en el trabajo que el Estado ofrece no distingue organizaciones y propósitos diferentes en los diversos sectores; es la única posibilidad para planificar y encontrar soluciones.

Que se desmitifique nuestro oficio, de acuerdo, pero que se guarde algo que nos ha distinguido a todos desde siempre: nuestra disponibilidad, nuestro compromiso para entender y asumir los problemas del enfermo, nuestra entrega a una profesión que tiene mucho de espiritual y en la que lo lucrativo aunque legítimo, es secundario. Conservemos nuestra vocación, conservémosla intacta, pues es la esencia misma de nuestra psicología y de nuestra razón de ser.